

Para que el optimismo sea madre de virtudes

Por M. MARTINEZ CARRIL



Los optimistas (aunque pocos crean en ellos, los hay, los hay) pretenden que, película más o película menos, Montevideo conoce todo el cine que importa. Como ese optimismo se publica en los diarios y como lo que se publica en los diarios suele ser tomado por cierto, quizás fuera útil difundir la lista de los films más importantes de los últimos diez años para comprobar que la mitad más uno de esos films no llega al país. Hacerlo, sin embargo, podría ser un rasgo de pesimismo. Se entiende por pesimismo: a) estar en contra; b) no ayudar a que las ficciones optimistas prosperen; c) ver las cosas sólo del lado negro. De modo que lo mejor es ser optimistas, como corresponde.

En el centro de Montevideo han cerrado en menos de un año tres cines de estreno y un cuarto cierra dentro de algunos días. Otras dos salas de estreno también pueden cesar su actividad de un momento a otro, con lo cual, matemáticamente, faltarían seis para dar salida a los estrenos, que, por consiguiente, cada vez son menos. Cualquier pesimista sacaría conclusiones aberrantes de esos datos. Pero si se los contempla sabiamente, tienen su interés, porque el Rex y el Coventry nunca habían estrenado nada como la gente, el Iguazú estaba dedicado a Kung Fu y el Ariel tenía mala acústica. Si los vaticinios que penden sobre el Trocadero y el 18 de Julio se concretan, habría que ver que en el Trocadero a menudo hubo deficiencias de proyección y que el 18 de Julio en verano no había instalado refrigeración. Por otra parte, como las películas malas que estrenaban algunos de los cines cerrados, siguen llegando, ahora se estrenan en las otras salas, de modo que no se ha perdido nada: Kung Fu seguirá en cartel y lo mismo pasará con el material de complemento de algunos sellos internacionales. Es cierto que ahora distribuidores y exhibidores tienen menos interés en arriesgar estrenos de calidad, que son más difíciles. Pero se sabe que es casi imposible tener todo en la vida. Quizás algún día el Municipio de Montevideo modifique sus ordenanzas de la época de la primera guerra mundial y autorice construir salas en galerías o en edificios con más de un piso. Por ahora ese privilegio está reservado a Punta del Este, donde otra Intendencia Municipal está alerta al "jet set" y hasta

permite las películas que no se pueden ver en Montevideo. Al fin y al cabo que Montevideo tenga seis salas de estreno menos, que hayan cerrado unos sesenta cines de barrio y hasta que en el interior en menos de un año hayan cesado diecisiete cines, son datos secundarios. En Punta del Este se triplicó la cantidad de salas y más aún: la mitad está en galerías; y otro dato: exhiben de todo, o casi. Película más, película menos, todos nos podemos ir arreglando y no preocuparnos demasiado por saber qué cine no llega al Uruguay, o si llega no hay salas para exhibirlo, o si las hay no se exhibe.

Otro dato de cómo los pesimistas distorsionan las cosas: los costos de laboratorio son mayores que antes porque la película virgen cuesta más y porque en Buenos Aires los principales laboratorios se unieron en uno sólo y quintuplicaron los precios, ya que nadie les hace competencia. Cualquier pesimista sacaría conclusiones funestas y hasta algunos distribuidores han insinuado la gravedad de la situación, que les impediría comprar films comercialmente dudosos o que los empujaría a traer al país copias en tránsito por seis meses que después (más usadas que cuando llegaron) devuelven a Buenos Aires a otros distribuidores que las enviarán a Paraguay o a Bolivia. Ver las cosas desde ese ángulo es no ver toda la realidad. Porque las distribuidoras internacionales, que por lo general tienen sus oficinas centrales en New York y sus plantas fabriles en Hollywood, California, siguen estrenando copias nuevas que por cierto no son procesadas en Buenos Aires y por lo tanto corresponden a la calidad de los originales. Todo está en que el espectador vaya a ver la película norteamericana, no las copias en sepia, gris o verde olivo que procesa a precios más caros el principal laboratorio porteño. De este modo el aficionado puede lograr un entrenamiento selectivo nuevo e inesperado. Y los distribuidores locales podrían en ese caso dedicarse a otra cosa, sin insistir en un negocio que hace años vienen diciendo, ellos mismos, que es ruinoso. Nadie, en última instancia, está obligado a arruinarse si no quiere.

Hace algunos años los críticos cinematográficos de este país publicaban en los diarios largos y pormenorizados análisis de los films más importantes. A veces

eran series de cinco seis notas de varias carillas, precedidas por notas previas sobre la carrera del director (con filmografía erudita), antecedentes críticos y otras exquisiteces. Con ese material llenaban páginas y páginas que según los administradores de los diarios, nadie leía. Varios pesimistas han dicho ya que la crítica de cine está en una grave crisis y que a los críticos les importa bastante menos la cultura, el cine y la formación de los espectadores. Si es cierto lo que decían los administradores (y nadie mejor que ellos para conocer su mercado), la diferencia es poca, porque si antes no se leían los minuciosos estudios críticos, ahora tampoco se lee mucho la reseña corta que cuenta el argumento en el primer párrafo, agrega una explicación para que señoras gordas entiendan la trama en el segundo y resumen conclusiones varias en el tercero y último. Los críticos, que por naturaleza son pesimistas, podrían atribuir estas características a la falta de estrenos de importancia de un tiempo a esta parte, a las restricciones editoriales de las empresas periodísticas, a la falta de competencia entre los propios críticos, a que ahora los críticos tienen dos o tres empleos y el tiempo no da para todo. Esto último es, quizás, una explicación correcta para algunas carencias que pesimistas malévolos suelen achacar a los críticos: algunos de los films más importantes del cine reciente se han estrenado en ciclos o semanas especiales en algunas de las salas de la Cinemateca (Estudio 1, Pocitos) y salvo excepciones los críticos no los vieron. El hecho es secundario, pero desde hace meses por lo menos un crítico notorio no va al cine. ¡Por lo que hay para ver! Vista con optimismo sería una medida profiláctica, sabia y comparable. Sólo un pesimista podría reprobarla. Y, sea como fuere, no toda la crítica se reduce a los diarios y las radios. Está, por ejemplo, esta revista.

Además, no se conforma quien no quiere. Ahora, para el caso, tenemos también cine nacional. Y, de una vez por todas: seamos optimistas. ♦